

Habia llegado el año de 1522: muchas familias de los conquistadores estaban ya en México, y entre ellas la de Santiago de Carbajal.

Santiago había hecho venir á su mujer y á su hija, porque merced á la generosidad del emperador Guatimoc, era ya uno de los mas ricos entre los soldados conquistadores.

La hija de Carbajal llamábase Isabel: era una jóven hermosísima, con una piel blanca, pelo negro y sedoso, unos ojos brillantes y atrevidos; esbelta y garbosa, su elevada estatura le daba toda la majestad que da nuestra imaginacion á las diosas de nuestros antepasados.

Isabel tenia un carácter apasionado y una inteligencia clara y casi privilegiada.

Vivia el emperador Guatimoc en la gran calle de Tacuba, en la esquina que forma una de sus cuadras con la calle del Factor, en el lado que mira al Oriente, y Carbajal vivia en la esquina que frente á la casa del emperador estaba.

Las mañanas y las tardes son en México tan bellas, que Isabel tenia siempre la costumbre de asomarse á su ventana todas las mañanas y todas las tardes, ya á regar sus tiestos de flores, ya á respirar el aire puro.

El monarca, incapaz de caminar, se pasaba tambien los dias cerca de sus ventanas, inmóvil en un sillón, recordando sin duda sus desgracias y mirando cruzar las nubes por el cielo.

El emperador era un hombre hermoso, y además, rodeado de esa atmósfera misteriosa y brillante del poder y de la desgracia, porque Guatimoc era un monarca para los mismos españoles, y la historia de su valor y de sus sufrimientos pasaba de boca en boca por la España misma.

La hija de Carbajal miró al emperador con curiosidad al principio, despues con interés, luego con cariño.

Tenia para ella otro mérito mas; era el protector de su familia.

Poco á poco, aquel cariño fué convirtiéndose en un amor vehemente, en una pasión terrible.

Isabel de Carbajal no podia separarse ya de sus balcones, desde donde se descubria la casa de Guatimotzin; pero aquel amor era para ella un imposible, á pesar de que con le perspicacia natural de toda mujer apasionada, habia advertido ya que los negros y lánguidos ojos del infortunado guerrero azteca se fijaban en ella con mucha frecuencia.

Pero era imposible toda comunicacion; él no podia moverse de su sitio, ella no podia penetrar en su habitacion.

Isabel preguntó un dia á su padre, que frecuentaba la casa de Guatimoc, si éste sabia ya hablar en español.

—Es un hombre tan hábil—contestó Carbajal—que le habla casi tan bien como tú y como yo, y eso que apenas hará un año que está prisionero.

—¿Y escribe?

—No; comienza á leer, pero muy pronto estará sumamente aventajado, porque es hombre muy hábil.

—¿Cómo tengo ganas de tratarle!—dijo Isabel.

—Fácil me será llevarte, pero no lo habia hecho, porque creí que no fuera de tu agrado.

—¿Cuándo me llevais?

—Esta tarde pediréle su licencia, y mañana irás.

—¿Cuánto os lo agradezco!

En la noche Carbajal avisó á Isabel que el monarca estaba ya prevenido y que al otro dia le seria presentada.

En aquella noche, Isabel no pudo dormir: el temor, la esperanza, el deseo, luchaban en su corazón.

Isabel estaba verdaderamente apasionada.

Llegó la hora, y ricamente ataviada, penetró la joven, conducida por su padre, á la casa del último emperador de los aztecas.

En una espaciosa estancia, colgada de telas finísimas de algodón y de maravillosos tejidos de plumas, y en donde se ostentaban grandes sitaliales de caprichosas formas, cubiertos con pieles de animales salvajes, en una especie de trono fabricado de maderas preciosas y raras, incrustado de oro, de plata, de conchas, y colocado sobre la inmensa piel de un cíbolo negro, el emperador Guatimoc recibió la visita de Santiago de Carbajal y de su hija.

Guatimoc era joven, su frente espaciosa revelaba su clara inteligencia. Sus ojos habian perdido la fiereza de su raza, y la melancolía del sufrimiento pasado les daba un aire dulce y bondadoso.

Guatimoc no habia perdido el traje de sus antepasados, solo que no llevaba la corona de los emperadores, sino un sencillo penacho de plumas sobre la cabeza.

Una sencilla túnica ancha y corta de algodón, blanca, y ceñida á la cintura por una gruesa cadena de oro, un manto de la misma tela, aunque recamado con brillantes dibujos de plumas de colores, y lucientes brazaletes y collar de oro, formaban todo el traje del monarca.

Sus cacles de piel de venado perfectamente adobados, se ataban al pié por anchas correas de venado tambien y bordadas de oro, que subian entretejiéndose hasta cerca de las rodillas, en donde se sujetaban á un gran anillo de oro liso y bruñido.

Algunos esclavos estaban de pié al lado del emperador,

y en el suelo sentadas algunas indias jóvenes y hermosas.

Isabel al mirar á aquellas mujeres, sin saber por qué sintió celos.

Al presentarse Santiago con su hija, el emperador hizo como un impulso para levantarse, pero sus piés estaban inútiles despues del tormento, y tuvo que permanecer inmóvil en su asiento.

—Señor—dijo Carbajal, inclinándose respetuosamente— os traigo á mi hija, á mi Isabel, que ha tenido deseos de ser presentada á vos: ella sabe que sois el protector de su familia, y os ama por eso y por vuestras desgracias.

—Acercaos, niña—dijo Guatimoczin con un acento dulce y sonoro, tendiendo su mano á Isabel, que la estrechó temblando:—acercaos, si no temeis que el infortunio que me persigue marchite las rosas de vuestras mejillas.

—Señor—contestó trémula Isabel—siempre es una dicha estar al lado de un hombre tan noble y tan desgraciado como vos.

Dos esclavas habian acercado un sitial para Isabel.

—Sentaos, niña, aunque quisiera ofreceros este lugar, que debiera ser el vuestro; pero ni aun eso me permite mi desgracia.

—Señor, la desgracia os quitó un trono, pero no pudo quitaros ni el amor y el respeto de los que os conocen, ni la grandeza de vuestra alma.

—Niña, no digais eso, que en vano caerá la lluvia sobre el árbol que ha muerto. Oí decir cuando llegaron aquí los españoles que eran hijos del sol, y no los creí nunca, porque nunca os habia visto á vos, que sois como las rosas de nuestros lagos, hija de la aurora y de las brisas.

Santiago conversaba con otras personas en el salon; los esclavos de ambos sexos se habian retirado por respeto, y

la jóven estaba casi sola con el emperador. Las miradas de ambos eran de fuego; se comprendian, pero era necesario que alguno de los dos se descubriese, y cada uno de ellos temia disgustar al otro.

—Niña—dijo el emperador—la luz que asoma sobre nuestro cielo á los primeros cantos de las aves, me parece menos apacible que el brillo de vuestros ojos; el color de las eternas nieves del Popocatepetl y el Ixtacihuatl cuando los baña el último rayo del sol, no podrá igualar el suave rubor de vuestras mejillas: si yo fuera aún el emperador, los mexicanos tejerian sus alfombras de flores para vuestras plantas, y los aromas exquisitos de nuestros bosques perfumarían vuestra estancia, y las aves darían sus encendidas plumas para libraros de los ardores del sol; pero hoy, niña, nada valgo, nada puedo; como la yerba prisionera debajo del hielo, miro la luz sin sentir jamás su calor, y el frio de la noche me mata en la mitad del dia.

Guatimoc inclinó su hermosa cabeza, y quedó profundamente pensativo.

—Príncipe—dijo Isabel acercándose—vos no conocéis el orgullo de las mujeres de nuestra raza: grande, poderoso, á la cabeza de un ejército y sobre el trono de un gran pueblo, quizá no hubiera escuchado vuestras palabras; pero triste, abandonado por la suerte, prisionero y destronado, sufriendo con la resignacion y la altivez de los héroes vuestro infortunio, os elevais, señor, ante mis ojos, á una altura inmensa: las mujeres de mi raza, príncipe, son capaces de sacrificarse, pero no de venderse; y brilla mas ante mis ojos vuestra corona de mártir, que la diadema de un monarca.

Isabel iba animándose gradualmente; sus miradas eran mas ardientes, su pecho se agitaba con violencia: el emperador la escuchaba con arrobamiento y sin moverse, como

para no perder uno solo de los ecos de aquella voz dulcísima.

—Niña—le contestó—la primer gota de agua que sentí en mi boca despues del tormento que me dieron los españoles, no ha sido para mí tan grata como tus palabras: rocío de ventura para mi corazon marchito son tus acentos. Niña, ¿serias capaz de amar al desgraciado? ¿buscarías sombra junto al encino derribado por los vientos? ¿cantarías tus amores, ave peregrina, sobre el derruido muro? ¿me darías tu corazon?

—Tuyo es, señor, hace mucho tiempo, tuyo es, que no me siento avergonzada de confesártelo: por mirarte, señor, paso los dias en mi ventana, por oír tu voz he llegado hasta aquí: si es un delito este amor, ¿por qué no puedo arrojarle de mi pecho? Príncipe, si alguna mujer me culpa, que te resista si puede.

—Yo tambien, niña, te amaba; mis noches eran negras y largas porque no te veía; las aves me avisaban en mis ventanas que venia la luz, y con ella tú que eres mi vida; y los vientos me traían el aroma de tus flores como un consuelo, pero mi espíritu gemia sin esperanza; no podia seguir tu camino ni esperar que vinieses á mí: el arbusto mira pasar á la mas bella de las mariposas, y no tiene una flor para llamarla, ni tiene alas para seguirla, y como yo, gime porque la tierra le aprisiona. ¡Oh niña! tristes dias he pasado; y entonces, cuando te miraba, me parecían mas crueles mis enemigos, por no haberme dejado morir en la hoguera.

—¡Pero ahora estarás alegre, príncipe mio!

—¿Se alegrarán los campos con el rocío? ¿se alegrarán las plantas con la primavera? ¿se alegrarán las aves, y las flores, y las fieras, y el mundo cuando huye la noche? ¿se alegrará, niña, mi corazon con tu amor?

En este momento Santiago parecía haber concluido su conversación.

—Niña—dijo Guatimoc—tú me dejas tu corazón y te llevas mi alma; veré tu hermosura desde mis ventanas; pero yo pensaré y nos hablaremos.

—Dios lo quiera—contestó Isabel.

Desde aquel día, Isabel estuvo más contenta, y Guatimoc pareció salir de su habitual tristeza.

Isabel recibió á su servicio una joven india que casi nunca se separaba de ella, y que casi todas las tardes entraba á la casa del emperador y hablaba con él mucho tiempo en su idioma, que los españoles no cuidaban de aprender.

Así pasaron algunos meses.

* * *

Era una noche oscura; el viento zumbaba por las calles de la ciudad, produciendo gemidos y rumores tristes y pavorosos.

Gruesos nubarrones cruzaban por el cielo dejando caer algunas gotas de agua, y alumbrando de cuando en cuando el Valle con la luz de los relámpagos.

Terrible era la tempestad que amenazaba desprenderse de los cielos: los lagos, tranquilos siempre y tersos como un espejo, se agitaban negros y alborotados, y el trueno se repetía en las cañadas de la montaña de Ajusco.

Las calles de México estaban desiertas, y ni una luz se miraba en las casas; todas las puertas estaban cerradas, todos los habitantes temían á la tormenta.

De repente entre aquel triste desorden de la naturaleza, por la calle de Tacuba y de una de las puertas de la casa

de Guatimoc, salió un hombre arrastrando un objeto que parecía ser una escalera.

El viento hacía sonar las ropas de aquel hombre, agitándolas violentamente á pesar de que las llevaba fuertemente atadas á la cintura.

Aquel hombre misterioso llegó hasta el pié de las ventanas de Isabel, y allí se detuvo.

Brilló después un relámpago, y pudo verse que aquel hombre había aplicado la escalera á la pared y subía por ella á uno de los balcones.

La tempestad seguía rugiendo y el agua comenzaba á caer á torrentes.

El hombre llamó cautelosamente á la ventana, y pocos momentos después se abrió ésta y asomó la bella cabeza de Isabel.

—¿Eres tú, Tepos?

—Yo soy, señora; venid.

Isabel ligeramente vestida salió á la ventana y comenzó á descender ligeramente por la escala hasta tocar la tierra.

Tepos, como le había llamado Isabel, pasó la escala á la acera de enfrente, la sostuvo y dijo á la joven:

—Subid, señora.

Isabel sin replicar subió ligera, llegó hasta la ventana, que cedió al primer impulso, y penetró en la cámara.

Un rayo surcó los aires en aquel momento, un torrente de luz rojiza penetró en la estancia tras de Isabel, y un trueno espantoso hizo temblar las casas hasta sus cimientos.

—¡Horribles presagios para nuestro amor! exclamó Isabel pálida y temblorosa, cayendo entre los brazos de Guatimoc.

—Venga la muerte, dijo el emperador, si nos ha de encontrar juntos.

Tepos con la mayor sangre fría y sin cuidarse de la tormenta, quitó la escalera, la colocó en el suelo y se sentó tranquilamente al pié de los balcones.

Corria el año de 1525 y Hernan Cortés alistaba en México sus tropas para salir á la conquista de Comayagua, adonde se habia rebelado Cristóbal de Olid.

Ese espíritu aventurero se habia amortiguado entre los conquistadores de la Nueva-España; pero no faltaron, sin embargo, quienes ayudasen al Capitan español en su nueva empresa, y entre éstos se contaba Santiago de Carbajal.

Todo estaba listo para la marcha, cuando Cortés, movido sin duda por ocultas denuncias, determinó que en aquel viaje le acompañase tambien el infortunado Guatimoczin, con el pretexto de que peligraba la paz de las nuevas colonias si el monarca prisionero quedaba en medio de sus vasallos despues de la partida del conquistador.

Guatimoc estaba á merced de sus enemigos, y no tuvo mas que obedecer.

Como otras noches, en la que precedió á la partida el hombre misterioso puso la escala y Doña Isabel entró á la casa del monarca.

Isabel estaba extraordinariamente pálida, y sus ojos indicaban que habia llorado mucho.

Apenas vió á Guatimoc, se arrojó sollozando en sus brazos: él no trató de consolarla; acarició su rostro y besó triste y silenciosamente los ojos de Isabel empapados en lágrimas.

—¡Te vas, señor, te vas!—dijo la española—y el corazón me dice que no volveré á verte.



LA LOCA.

—Me voy, aliento de mi vida, me voy, y mi espíritu está triste también. ¿Quién puede decir que volverá el viento que ha pasado? ¿Quién podrá volver á mirar la onda que pasó en el torrente? Soy prisionero, me llevan; el Dios que tú adoras y que debe de ser el buen Dios, te enviará el consuelo, si muero, te dará la alegría y el placer si vuelvo: no me olvides.

—¿Olvidarte yo, príncipe, olvidarte? ¡Ah, tú no sabes! Oyeme, porque voy á confiarte mi alegría; voy á decirte por qué no muero de dolor cuando te pierdo, príncipe: pronto seré madre.

Un rayo de purísima alegría brilló en los ojos de Guatimoc y reflejó en el pálido rostro de Isabel: aquella noticia era la felicidad de aquellos dos seres infelices.

—¡Gracias, Dios bueno!—dijo el emperador estrechando la mano de la jóven y alzando los ojos al cielo,—gracias; la sombra del águila cubrió á la paloma y nació una esperanza para mi estirpe y para mi pueblo; hombre de nueva raza, quizá su descendencia romperá las cadenas de sus hermanos, y mi imperio volverá á ser *Uno y solo, y Tenochtitlan será libre*. Isabel, si muero no quedarás sola, el tronco comido dejará lugar al retoño vigoroso: si mi nombre muere, mi sangre fecundará esta tierra, porque de mi sangre y de tu sangre, Isabel, podrán nacer héroes.

Guatimoc hablaba como inspirado, y la española lloraba de placer.

—¡Príncipe!—le dijo—si tú mueres, lloraré por tí y viviré para nuestro hijo; ¿lo oyes, señor? nuestro hijo. ¡Qué dulce es decir nuestro hijo entre dos que se aman como nosotros! Viviré para él y para recordarte, y tendrá tu rostro y tu corazón, y heredará de mí el inmenso amor que te profeso y el orgullo de haber sido tuya.

—Isabel, si alguna cosa puede turbar mi alegría en este momento, es pensar que quizá no veré nunca á ese niño; pero tú le verás, y esto me consuela. Es ya de día, Isabel, las aves comienzan á trinar; abrázame por última vez, y no me olvides.

Isabel, ahogándose casi de dolor, abrazó al emperador y salió.

Aquel día partió la expedición, llevándose al desgraciado emperador de México y á los reyes de Tacuba y Aculhuacan.

Pocos meses después, Isabel, en medio de los santos dolores de la maternidad, dió á luz un niño.

El padre de Isabel había partido, sin saber nada, con la expedición. La madre había comprendido, algunos días después de la partida, el estado de su hija.

Isabel se arrojó llorando á sus pies. ¿Qué madre resiste al llanto de su hija, por grande que sea su indignación ó su cólera? La madre no solo perdonó á Isabel, sino que se empeñó en consolarla, y se volvió su cómplice para ocultar la desgracia á su marido.

Isabel pasaba los días encerrada y llorando. El emperador había dejado á su fiel Tepos para esperar el nacimiento del niño y auxiliar á Isabel.

Nació por fin el hijo de aquellos infortunados amantes, y Tepos le recibió para ocultarle y encargarse de su crianza y educación.

Llévóle á uno de los pueblos de las cercanías de México, cuidando solo de que viniere continuamente para que le viese Isabel.

El niño era hermoso y tenía una extraordinaria semejanza con el emperador, sin mostrar nada que denunciase la sangre española que corría por sus venas.

Tenía, sin embargo, en la espalda una mancha roja semejante en la figura á una lengua de fuego, de esas que se desprenden de una hoguera.

Isabel era supersticiosa, y en México abundaban los adivinos y hechiceros. Isabel hizo venir á uno, y luego á otro y á otros muchos, y todos le dijeron lo mismo.

Aquel niño viviría muchos años, aquella mancha roja era *la marca del fuego*; vendría á morir entre las llamas.

Pasaron así algunos días. Isabel comenzaba á recobrar su salud y su hermosura; los colores volvían á su rostro, y estaba alegre.

Era que todo el mundo hablaba de la próxima vuelta de Cortés y de la expedición.

Una tarde se escuchó el ruido de las pisadas de varios caballos que entraban en el patio de la casa de Carbajal. Isabel se asomó, y era su padre que llegaba.

Temblando de placer, corrió en busca de su madre.

—Madre, madre, ya vienen, ya están ahí—decía.

—Pero ¿quiénes? hija mia, ¿quiénes?

—Mi padre, la expedición, el emperador sin duda, añadió por lo bajo.

Santiago llegaba en aquellos momentos, y se arrojó entre los brazos de su hija y de su esposa; pero el hombre lloraba.

—Santiago—le dijo su esposa—¿qué tienes? ¿triste tú cuando vuelves á vernos?

—Esposa mia, traigo el corazon hecho pedazos.

—¿Qué pasa, padre mio?—dijo Isabel.

—¿Qué pasa? horrorizaos: el emperador Guatimoc, el rey de Tacuba y el de Acolhuacan, han sido ahorcados en Atzala de orden de Cortés.

—¡Misericordia, Señor!—gritó Isabel, cayendo á tierra en medio de espantosas convulsiones.

—¡Dios nos ha abandonado!—exclamó la madre arrojándose á socorrer á su hija.

*
*
*

Isabel perdió la razon. Santiago y su esposa murieron algunos años despues. La pobre loca quedó en poder de gentes extrañas que cuidaban muy poco de ella.

Todas las noches se oian gritos desgarradores en la casa de Carbajal, y todos decian con indiferencia: *Es la loca.*

Un dia no se oyeron los gritos, y al siguiente tampoco.

Era que la pobre loca habia huido.

EL HIJO DE GUATIMOC.

(Memorias de Doña Juana de Carbajal.)

MEDIABA el año de 1546. Gobernaba entonces la llamada Nueva-España Don Antonio de Mendoza, primer vi-rey nombrado por los monarcas españoles.

Parecia que el cielo habia hecho caer sobre la desgraciada nacion mexicana todo su enojo.

Una peste horrorosa asolaba los pueblos y las ciudades, cebándose solo sobre los naturales del país: las casas quedaban desiertas; los cadáveres sembrados en las calles, en las plazas y en los caminos, ponian pavor en los corazones mas esforzados, y en vano agotaban sus recursos para remediar noblemente tanta desgracia, los obispos, el clero y los principales gefes de las tropas españolas. Aquella calamidad no parecia tener remedio alguno; seis meses habian trascurrido, y ochocientas mil eran ya las víctimas de la peste.

El ánimo de los naturales del país, que se veian sometidos á la mas espantosa esclavitud, estaba tan triste, que la epidemia se propagaba por esto con mas facilidad.

Entonces se negaba que los indios fuesen hombres que tuviesen alma racional; tratados como bestias por los encomenderos, morian en medio de las mas rudas fatigas, y nadie cuidaba siquiera de enterrar los cadáveres, y sus huesos emblanquecidos por el sol y las tormentas, indicaban muchas veces el camino por donde transitaban sirviendo á sus amos.

El clero tomó la defensa de la humanidad, y los reyes de España oyeron por la boca de los sacerdotes, las quejas que no les permitian oír las adulaciones de sus factores y sus visitantes.

El despecho y la desesperacion hicieron que varios mexicanos pensasen en sacudir el yugo de los españoles; pero la conspiracion fué denunciada, y el virey Mendoza hizo ajusticiar públicamente á los que declaró gefes de ella.

Así corria el año de 1546.

Entonces se distinguia en la ciudad, por su riqueza, por su elegancia y por su arrogante figura, un jóven que se llamaba Don Felipe de Carbajal.

Aquel jóven parecia pertenecer á la raza indígena pura, y sin embargo, los hombres inteligentes de aquella época descubrian que en sus venas habia tambien sangre española, porque su pelo se rizaba y su negro bigote era algo mas espeso de lo que correspondia á un indígena de sangre pura.

De todos modos, aquel jóven era el galan de moda en la ciudad; podria tener veintiun años, y nadie montaba mejor ni mas soberbios caballos, que entonces tenian altos precios,

ni nadie llevaba con mas despejo el ferreruelo, el ancho sombrero con grandes plumas, y la rica espada con empuñadura de oro y piedras preciosas.

Las jóvenes estaban locas por él, y todo el mundo murmuraba por lo bajo que aquel jóven era hijo del infortunado emperador Guatimoczin y heredero de fabulosos tesoros.

Le acompañaba casi siempre un anciano, al que tenia el jóven todos los miramientos que podria haber tenido con su padre; y sin embargo, no lo era, porque tambien el anciano respetaba al jóven como á su jefe y casi como á su amo.

Aquel viejo era un indio, y el jóven le llamaba Tepos.

Muchos aseguraban haberle visto en la servidumbre de Guatimoc, y recordaban que en los dias de la muerte del monarca, Tepos habia desaparecido por muchos años.

Doña Violante de Albornoz era la mas hermosa dama de toda la ciudad de México; no habia un galan que por ella no penara, y ni una sola noche dejaban de escucharse al pié de sus ventanas, músicas y trobas con que pretendian ablandar su pecho los apasionados de su belleza.

Pero Doña Violante era una estatua de marmol, jamás se le habia visto fijar con agrado sus negros y radiantes ojos en ninguno de sus amantes trovadores, y no habian logrado arrancar una sonrisa de agrado los mas hábiles ginetes que habian corrido cañas y lidiado toros en las fiestas que los encomenderos dedicaron al virey en el año de 1645.

Doña Violante era hija del alférez real Don Bernardino

de Albornoz, hombre de gran consideracion entre todos los conquistadores.

El jóven Carbajal fijó sus ojos en Doña Violante y la hizo señora de sus pensamientos; pero Doña Violante miró á Carbajal con el mismo desprecio que á todos sus demás adoradores.

En vano el jóven paseaba la calle de su dama, vestia sus colores, le llevaba noche tras noche músicas y serenatas.

En vano pretendia hacer llegar á sus manos riquísimos presentes; Doña Violante ni admitia sus galantes obsequios, ni entreabria siquiera los batientes de sus ventanas para escuchar las músicas. Fria y severa, desdeñaba siempre á Carbajal, que no habia llegado á conseguir de ella ni un saludo.

El jóven palidecia de dolor, y aquellos amores eran ya el objeto de las conversaciones de todos los corrillos: las damas compadecian al amante y culpaban á la ingrata, y los hombres reian maliciosamente.

Una tarde Doña Violante se habia asomado á su ventana, y Carbajal la miraba desde lejos sin atreverse á pasar por delante de ella por temor de disgustarla.

De repente, por el otro extremo de la calle, se oyó una gran vocería, y desembocó una gran multitud de hombres, de muchachos y de mujeres, que dando estrepitosas carcajadas y silbidos agudísimos, corrían persiguiendo á una pobre mujer, anciana, sumamente estenuada, sucia, con el pelo en desórden, con los ojos saltándosele de sus órbitas: jadeando y casi moribunda, huía de aquella muchedumbre que la burlaba, la escarnecía y la apedreaba, entre gritos horribles de:

—«¡Loca, loca, ahí va la local!»

Lo pobre vieja tropezaba á cada momento y buscaba un apoyo en alguno de sus perseguidores que la rechazaba brus-

camente, haciéndola rodar algunas veces por el pavimento, y entonces una espantosa carcajada de la multitud era el aplauso de aquella accion.

La infeliz, con el rostro cubierto ya de lodo y de sangre, volvía á levantarse y procuraba seguir huyendo de aquellos bárbaros; pero sus esfuerzos eran inútiles, y espirante de fatiga, apenas podia ya dar un paso.

Habian llegado á la casa de Don Bernardino de Albornoz.

Doña Violante apartó indignada la vista de aquella escena en el momento en que la loca caía exánime y sus perseguidores comenzaban á tirarle con lodo que recogian de la calle.

Carbajal, ciego de ira ante aquel espectáculo, se lanzó en defensa de la infeliz anciana.

La muchedumbre retrocedió al principio espantada, pero mirando luego que no era mas que un solo hombre y alegre de encontrar alguna resistencia, los mas audaces cargaron sobre el jóven, que tiró de la espada y comenzó á repartir mandobles y estocadas.

La escena se trocó en un verdadero combate: las piedras llovian de todas partes sobre Carbajal; y aunque procuraba tener á raya á sus enemigos, sin embargo, perdía terreno á cada instante: el terror habia hecho volver en sí á la loca, que se abrazaba del jóven como de su único amparo, impidiéndole la libertad de sus movimientos.

Una piedra lanzada con mas destreza y mas fuerza que las otras, tocó á Carbajal en el hombro derecho: el jóven deja caer la espada y vaciló tambien; la chusma lanzó un grito de triunfo y se arrojó sobre el jóven, que habia perdido el conocimiento con la fuerza del dolor.

En un instante le hubieran despedazado; pero repentina-

mente se abrió el zaguan de la casa de Albornoz, y una multitud de criados y esclavos, armados, salió por allí y arremetió contra aquella muchedumbre, que huyó en desorden, dispersándose por todas las calles vecinas.

Cuando Carbajal volvió en sí se encontró en un lecho, en medio de una estancia que no conocia y rodeado de muchas personas.

Abrió los ojos, sintió un gran dolor en el hombro y una sed ardiente.

Sin reflexionar en nada y sin recordar lo que habia pasado, exclamó con una voz débil:

—Agua.

—Agua quiere—repitieron algunas personas.

Y pocos momentos despues el grupo que rodeaba el lecho abrió paso á una mujer que traia el agua: Carbajal no pudo contener una exclamacion de sorpresa; aquella mujer era Doña Violante.

El jóven quiso incorporarse y Doña Violante lo contuvo.

—No os movais, caballero—le dijo;—vuestra situacion es delicada; os daré yo misma de beber.

Y Doña Violante aplicó el vaso á los ardientes labios de Carbajal, que apuró con delicia aquella agua.

—Gracias, señora—le dijo—gracias; me habeis dado doblemente la vida.

Doña Violante se sonrió bondadosamente, y no se retiró del lecho.

—Señora—continuó Carbajal—decidme, ¿cómo es que estoy aquí? ¿cómo he venido? ¿sueño? ¿sois vos Doña Violante? ¿soy yo Felipe de Carbajal? Decidme, señora, si esto es verdad; y si sueño, no me despertéis, porque me moriría de pena.

—Sosegaos—contestó Doña Violante—sosegaos, mas

adelante lo sabreis todo; por ahora pensad en vuestra salud, en que estais entre personas que saben estimar cuánto vale un corazon noble, y tened el consuelo de que habeis hecho una buena accion, y una buena accion jamás queda sin recompensa.

Carbajal quiso replicar, pero Doña Violante le dijo:

—Si insistís en hablar, me retiro.

—Callaré—contestó humildemente Carbajal.

Y comenzó entonces á tener un vago recuerdo de todo lo que habia pasado.

La pobre loca fué recogida tambien en la casa de Albornoz; pero por su mísera condicion, y á pesar de la gran caridad de Doña Violante, quedó en una de las estancias del piso bajo, entre gada al cuidado de los criados.

En aquella primera noche, aterrada aún con las escenas que quizá sin comprender habia presenciado, apenas se atrevia á moverse, y durante aquella noche, los criados no dejaron de vigilarla ni un instante.

La noticia del acontecimiento se divulgó por toda la ciudad, y Tepos no fué de los últimos en saberlo: inmediatamente se dirigió á la casa de Albornoz, y se instaló al lado del lecho del jóven Carbajal.

A la mañana del siguiente dia, dos físicos llegaron, llamados por Doña Violante para reconocer al enfermo.

La entrada á una casa de dos personajes de esta clase, llenaba de curiosidad á todos los habitantes de ella, y los lacayos y los esclavos, bien porque les interesaba verdaderamente la situacion del herido, ó bien por simple curiosidad, abandonaron sus ocupaciones y llegaron á las piezas cercanas, esperando oír las decisiones y el parecer de aquellas dos lumbreras de la ciencia médica.

Carbajal estaba desnudo de la cintura arriba; los físicos

le examinaron, volviéndole ya de frente ya de espalda, con la ayuda del viejo Tepos.

Doña Violante se habia retirado á una de las habitaciones interiores.

Los físicos tocaban y miraban la espalda de Carbajal, y uno de ellos dijo á Tepos:

—Veo en esta espalda una mancha roja con la figura de una llama; ¿es por ventura de nacimiento?

—Sí, señores, esta mancha roja la tiene desde el dia que nació—contestó el viejo.

Y diciendo esto descubrió la espalda del herido.

En medio de los que se agrupaban para mirar aquella mancha, partió un grito agudo y desgarrador.

Todos, incluso el herido mismo, volvieron el rostro espantados y buscando de dónde habia salido aquel grito.

En los brazos de un lacayo habia caído como desvanecida la vieja loca, que abandonada en su cuarto habia llegado hasta aquella estancia sin ser sentida y en el momento mismo en que descubrian á Carbajal.

Pero el desvanecimiento de aquella mujer era instantáneo, y arrancándose de los brazos de los lacayos, se arrojó sobre el lecho del herido, gritando:

—¡Hijo mio! ¡hijo mio!

Tepos la miraba fijamente.

—Quitad á esta mujer, que está loca—dijo uno de los físicos.

Los lacayos se acercaron para quitarla del lecho; pero Tepos se interpuso entre ellos y la mujer, exclamando:

—Loca, loca si quereis, pero tiene razon; este jóven es su hijo.

*
* *

La pobre loca, que no era sino la misma Doña Isabel de Carbajal, habia recobrado la razon al volver á encontrar á su hijo.

Desde aquel dia Doña Isabel vivió en la casa de Don Felipe, que habia tardado muy poco en restablecerse de sus heridas.

Seis meses despues se celebraban las suntuosas bodas de Don Felipe de Carbajal con Doña Violante de Albornoz.

Toda la nobleza y los principales caballeros del reino acudieron á las fiestas, y entre ellos, siempre triste y con severas tocas de luto, se veia en los mas apartados aposentos á Doña Isabel.

Pasó la boda, pasaron las fiestas, y un dia Doña Isabel llamó en secreto á su hijo, á Doña Violante y á Tepos.

Recostada en un sitial la pobre mujer, hizo sentar á sus piés á su hijo y á Violante; Tepos de pié permaneció á su lado.

Entonces comenzó la historia de sus amores con el emperador, tal como consta en estas Memorias, y luego extendiendo sus manos sobre las cabezas de los jóvenes desposados, impetró sobre ellos las bendiciones del cielo.

Aquellas manos se apoyaron sobre las cabezas de los jóvenes, que lloraban: pasó así un largo rato en el mas profundo silencio; por fin, Doña Violante alzó el rostro para mirar á la anciana y lanzó un grito.

Doña Isabel de Carbajal habia dejado de existir.